

¿Es el Calvario o es el Cenáculo la perspectiva más inmediata del Sacrificio de la Misa?

Reflexiones teológico-litúrgicas

SUMARIO: *Introducción y aclaración. Planteamiento habitual del carácter sacrificial de la Misa:* Epoca de la Reforma. Trento. Teología posterior católica y protestante. *Posibilidad de nuevo planteamiento:* Más perfecta exégesis bíblica. Autores católicos de hoy.

Razones en favor del nuevo planteamiento: Documentos del Magisterio. Santos Padres. Liturgia. Sagrada Escritura. Más apta solución de los problemas planteados por el carácter sacrificial de la Misa: Problema teológico —unidad del sacrificio: el convite sacrificial de la Cena y la Cruz (narraciones eucarísticas, carta a los Hebreos, San Juan, mentalidad griega y mentalidad judía respecto al «tiempo», Trento); el convite sacrificial de la Misa y el de la Cena; sacrificio de la Iglesia; esencia del sacrificio en la doble consagración; comunión—. Problema histórico. Problema litúrgico —estructuración más asequible de todos los elementos en torno al convite sacrificial—. Problema pastoral —la idea del convite sacrificial ayuda a que sean vividos los grandes valores de la espiritualidad cristiana: alegría, amor de Jesús, confianza humilde, teocentrismo, unión suprema con Cristo por la Comunión, amor mutuo, sentido del sufrimiento, hondura religiosa del sacrificio, misterio de la Cruz, continuidad de la acción sacrificial en el culto eucarístico, clima escatológico, intimidad con Cristo—. Problema ecumenista.

CONCLUSION.

INTRODUCCIÓN Y ACLARACIÓN

Desde un punto de vista dogmático, la Misa como sacrificio continúa siendo uno de los elementos doctrinales que más dividen entre sí a católicos y orientales separados de casi todas las confesiones protestantes.

Bajo el aspecto pastoral es la Misa como el centro de la religión cristiana (1) y el ápice de la liturgia (2). El Concilio Vaticano II ha puesto especial cuidado en que «el Sacrificio de la Misa sea par-

(1) Cf. *Encicl. «Mediator Dei»*: AAS 39 (1947) 547.

(2) *Conc. Vatic. II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia* n. 2.

tipado conscientemente por los fieles y alcance eficacia pastoral» (3). Pero bien conocido es el hecho de que la Eucaristía como sacramento y convite es fácilmente entendida, mientras que como sacrificio presenta una muy grave dificultad de inteligencia aun para creyentes instruidos.

Parece, en efecto, que mientras relacionemos *inmediatamente* la Misa con el Calvario, los protestantes seguirán persuadidos de que los católicos no respetamos aquel «una vez» del sacrificio redentor de Cristo (4), y cuantos aceptan la realidad del sacrificio eucarístico o tropezarán con una barrera para ver en el altar la Cruz o aceptarán explicaciones más o menos probables, pero que no acaban de aquietar el espíritu.

Antes de desarrollar nuestro tema, hemos de notar que cuando hablamos aquí de la Cruz no pretendemos considerarla sin la Resurrección: muerte, resurrección y ascensión forman el único misterio pascual, en el que somos salvados por Cristo (5). Sin embargo, nos referimos a la Cruz, como Jesús mismo relacionaba el perdón de los pecados con el derramamiento de su sangre (6), la redención de la multitud con el dar su vida (7), la vida del mundo con el entregar su carne (8), el llevar fruto con el morir del grano de trigo (9), el atraer todo hacia Sí con el morir El levantado de la tierra (10).

Es muy frecuente en el Nuevo Testamento unir la muerte (11), la sangre (12), la cruz (13) de Cristo con la salvación del género humano. Y más concretamente, es designada la muerte de Cristo como sacrificio (14), sacrificio pascual (15), sacrificio de la alianza nueva (16), sacrificio expiatorio (17). La fórmula más completa es

(3) O.c., n. 48-49.

(4) Cf. Hebr 7, 27; 9, 12. 26-28; 10,1-14; 1 Pedro 3,18.

(5) Cf. Conc. Vatic. II., Const. sobre la Sgda. Liturgia n. 5.6.47.61.102. 104.106.109-110.

(6) Cf. Mt 26,28.

(7) Cf. Mt 20,28.

(8) Cf. Juan 6,51.

(9) Cf. Juan 12,24.

(10) Cf. Juan 12,32-33.

(11) Cf. Juan 10,15.17; Roma 4,25; 5,6.8.10; 6,3.5.8.10; 8,32; 1 Cor 8,11; 15,3; 2 Cor 5,15; Gal 2,20-21; Col 1,22; 1 Juan 3,16.

(12) Cf. Rom 3,25; 5,9; Ef 2,13; Col 1,20; Hebr 12,24; 13,12; 1 Pedro 1,2.19; 1 Juan 1,7; Apoc 1,5.

(13) Cf. Rom 6,6; 1 Cor 1,17-18; Gal 2,19-20; 5,11; Ef 2,16; Col 1,20.

(14) Cf. Ef 5,2.

(15) Cf. 1 Cor 5,7. Podría añadirse aquí la alusión sacrificial contenida en el concepto del «Cordero»: véase nuestro *De Verbo Incarnato*⁴ [*Sacrae Theologiae Summa*. B.A.C.]. Madrid 1961, n. 708 y nota 18 del n. 709.

(16) Cf. Mat 26,28 y paralelos; Hebr 9,15-20.

(17) Cf. Hebr 7,26-27; 9,11-14.26.28; 10,4-14; 13,11-12. Acerca del sentido sacrificial de 2 Cor 5,21, véase L. SABOURIN, S.I., *Rédemption sacrificielle. Une enquête exégétique*. 1961, principalmente 11-160; de opinión contraria es posteriormente M. E. BOISMARD, *Bulletin: Revue Biblique* 69 (1962) 448-449. So-

tal vez la de San Pablo; [Jesús nuestro Señor] «fue entregado por nuestros delitos y resucitado por nuestra justificación» (18). La muerte del Señor referida a nuestros pecados y su resurrección a nuestra vida: dos aspectos de un todo inseparable en la actual Providencia.

El Concilio de Trento nos presenta al Salvador, «el cual, con su santísima pasión en el leño de la cruz nos mereció la justificación y satisfizo por nosotros a Dios Padre» (19), y «el cual nos reconcilió con Dios con su sangre» (20). La enseñanza del sacrificio de Cristo «en el altar de la cruz» la expone el Concilio a propósito del sacrificio eucarístico (21). El Concilio Vaticano II repite la frase del Tridentino que nos dice que Cristo se ofreció en la cruz (22), y enseña que el sacrificio de la Eucaristía perpetúa «el Sacrificio de la Cruz» (23).

PLANTEAMIENTO HABITUAL DEL CARÁCTER SACRIFICIAL DE LA MISA

La Eucaristía no constituyó para Lutero, al principio de la Reforma, un punto de grave fricción con Roma: en las 95 tesis de 1517 no habla de ella; en sus dos sermones eucarísticos de los años 1518 y 1519 no encontramos nada seriamente discordante (24). Pero en la obra *De captivitate Babylonica* de 1520 es presentada la Misa como testamento y palabra de promesa y como signo y sacramento, pero no como obra buena para obtener algo de Dios y mucho menos para ser aplicada por otros; a Dios ofrecemos en la Misa oraciones por nosotros y por los demás; no es la Misa un sacrificio ofrecido a Dios (25).

En el escrito *De abroganda Missa privata...* de 1521 aparece por primera vez unida en Lutero la negación del carácter sacrificial de la Misa con la afirmación de la unicidad del sacrificio de Cristo, conforme a los textos bíblicos de la primera carta de San Pe-

bre la muerte de Cristo como sacrificio puede verse entre los autores actuales protestantes M. BARTH, *Was Christ's Death a Sacrifice?* Edinburgh 1961, con la recensión de L. SABOUREN, S.I., en *Sciences Ecclesiastiques* 15 (1963) 136-137.

(18) Rom 4,25.

(19) Sesión 6 cap. 7: DENZINGER 799 (ed. 32 [1963] 1529).

(20) Sesión 5 can. 3. DENZINGER 790 (1513).

(21) Cf. Sesión 22 cap. 1.2: DENZINGER 938. 940 (1740.1743). Véase can. 3.4: DENZINGER 950.951 (1753.1754).

(22) Constitución sobre la Sagrada Liturgia n. 7.

(23) O.c., n. 47.

(24) Cf. B. NEUNHEUSER, O.S.B., *Eucharistie in Mittelalter und Neuzeit* [M. SCHMAUS — A. GRILLMEIER, *Handbuch der Dogmengeschichte*. B. IV, F.4 b] Freiburg 1963, 51-52.

(25) Cf. *De captivitate Babylonica ecclesiae praeludium: D. Martin Luthers Werke. Kritische Gesamtausgabe* (Weimar) 6, 512-526.

dro 3, 18 y de la carta a los Hebreos 10, 14 (26). Con ello se ha orientado directamente la noción de sacrificio hacia la muerte de Cristo en la Cruz. Ya en la obra *De captivitate Babylonica* había negado Lutero que Cristo se hubiera ofrecido a sí mismo a Dios Padre en la Última Cena (27), y así no restaba otro sacrificio que el del Calvario.

La más inmediata respuesta de los católicos a los primeros brotes luteranos puede apreciarse en la *Cristiana y fraternal exhortación* de Tomás Murner del año 1520, en la cual el autor procura mostrar la unidad del sacrificio de la Cruz y la Misa, entendiendo ésta como un sacrificio sacramental (28). El controversista más conocido de esta época es el celoso sacerdote y profesor de teología, Juan Eck (1486-1543). Su empeño fue también asegurar la unidad del sacrificio de la Misa y de la Cruz, en medio de las grandes diferencias que median entre ambas (29).

Nadie, sin embargo, como Gaspar Schatzgeyer (1436-1527) ofreció en esa etapa de la controversia una solución más clara al problema del único sacrificio de Cristo: según él, «la Misa sólo puede ser sacrificio como una representación de la pasión... no un mero hacerse presente en imagen sino un auténtico ponerse presente». Tan no es una simple imagen de lo pasado que para Schatzgeyer «son las mismas cosas pasadas, renovadas en la fe ante el Padre, como si ahora sucedieran actualmente en la Cruz». Es una presencia sacramental, que expresamente salva la unidad del sacrificio de la Cruz, exigida por la carta a los Hebreos (30).

El Concilio de Trento no pudo sancionar hasta 1562 la doctrina del santo sacrificio de la Misa. También él acepta la problemática de relacionar la Misa con la Cruz. A propósito del carácter propiciatorio de la Misa, enseña que una misma es la hostia y que el mismo es ahora el que ofrece por ministerio de los sacerdotes, el que entonces se ofreció a sí mismo en la Cruz, con la sola diversidad en el modo de ofrecer (31).

La teología posterior mantendrá este enfoque. El carácter de sacrificio absoluto dará ocasión a teorías profundamente divergentes dentro de la línea de la destrucción o de la oblación. El aspecto de sacrificio esencialmente relativo se planteará a base de la relación inmediata de la Misa a la Cruz. Ni será otra la perspectiva de las teorías «sacramentales» ni tampoco la de la más reciente presencia misteriosa en sus varias interpretaciones: el sacrificio del Calvario está en el primer plano de la atención, y se

(26) Cf. NEUNHEUSER, *Eucharistic...* 53.

(27) O.c., 523.

(28) Cf. NEUNHEUSER, *Eucharistic...* 54.

(29) Cf. NEUNHEUSER, o.c., 55.

(30) Cf. NEUNHEUSER, o.c., 55-56.

(31) Cf. sesión 22 cap. 2 y can. 3-4: DENZINGER 940.950-951 (ed. 32, 1743. 1753-1754).

trata de ver a las inmediatas cómo este único sacrificio de Cristo tiene lugar en la Misa.

Esta mentalidad se halla reflejada en las frases de K. Rahner, con las que delimita el ámbito de su artículo sobre la presencia de Cristo en el Sacramento de la Cena del Señor: «Desde el primer momento se da por incluido el que tratemos la cuestión controvertida del sacrificio de la Misa — y con ella también la cuestión de la presencia del sacrificio de la Cruz en la Eucaristía» (los subrayados son de Rahner) (32). Uno de los estudios más divulgados actualmente sobre la Misa lleva por título: *La Misa. Presencia del sacrificio de la Cruz* (33). La más reciente síntesis teológica católica de la Eucaristía nos habla de hacerse presente en la Misa «el acto de la Redención del Señor del Gólgota» (34).

Entre los protestantes actuales la posición del problema es la misma, aunque en general la solución es negativa. Para Menoud la acción redentora de Cristo ha sido hecha de una vez para siempre y no tiene que ser renovada; esa obra redentora es compendiosamente la muerte de cruz y la resurrección (35). Leenhardt reprocha a la posición católica que compromete — «volente nolente» — la suficiencia del ministerio de Cristo y de la Cruz; y a la posición protestante que, por insistir en la plena suficiencia del sacrificio de la Cruz, ha eliminado hasta la idea misma de sacrificio (36). Acerca de la opinión personal de Leenhardt hablaremos más adelante.

Max Thurian, monje de Taizé, estudia detenidamente la Eucaristía bajo el aspecto de sacrificio (37). El cuerpo y la sangre del Señor son, para Thurian, en la Eucaristía, «sacramento de la presencia del sacrificio de la cruz»; y pregunta: «¿Qué significa, para la Iglesia, «proclamar la muerte del Señor», sino hacer presente en la acción eucarística, aclarada por la Palabra de Dios, el suceso único de la muerte redentora de Cristo, de su sacrificio sobre la cruz?» (38). Una última cita de las muchas que pudiéramos recoger: «La Eucaristía, presencia sacramental del sacrificio de la cruz y presentación litúrgica de este sacrificio al Padre en acción de gracias y en intercesión, no es un sacrificio expiatorio...» (39).

(32) K. RAHNER, *Schriften zur Theologie*. IV (1960) 359.

(33) CH. JOURNET, *La Messe. Présence du sacrifice de la Croix* 1958.

(34) NEUNHEUSER, o.c., 68. Para la perspectiva histórica de las sentencias teológicas, a las que no hemos hecho sino aludir en este párrafo, puede verse en esa misma obra, 62-66.

(35) Cf. PH. H. MENOUD, *La Vie de l'Église naissante* [Cahiers théologiques, 31] Neuchatel-Paris 1952, p. ej. 11-12.14-15.19.40-41.52.

(36) Cf. F. J. LEENHARDT, *Ceci est mon corps* [Cahiers théologiques, 37]. Neuchatel-Paris 1955, 42-43.

(37) MAX THURIAN, *L'Eucharistie. Mémorial du Seigneur. Sacrifice d'action de grâce et d'intercession*. Neuchatel-Paris 1959.

(38) O.c., 203.207.

(39) O.c., 222.

En una detallada y serena exposición crítica de tres obras católicas publicadas en 1960 acerca de la Eucaristía escribe el teólogo protestante P. Brunner de Heidelberg: «El teólogo evangélico no podrá jamás superar el que la acción de los cristianos, en la cual adquiere presencia sacramental el sacrificio de la Cruz de Cristo, tiene que ser una acción de oblación desde el punto de vista del culto. ¿No está con ello atacado el carácter neotestamentario de anámnesis que posee esa acción?» (40). Vemos, pues, la Eucaristía puesta en relación directa con el sacrificio del Calvario.

Una «reunión» de teólogos católicos y luteranos alemanes, tenida en 1960, sobre el carácter sacrificial de la Misa terminaba coincidiendo en la misma concepción, pues se daban como puntos de acuerdo: la presencia real en virtud de las palabras de Cristo, la no limitación de esa presencia al momento de la manducación y la representación del sacrificio de la Cruz de Cristo en la celebración de la Eucaristía (41).

POSIBILIDAD DE NUEVO PLANTEAMIENTO

Hemos recordado cómo Lutero negó que la última Cena hubiera sido sacrificio. En el mismo Concilio de Trento no existió en las discusiones absoluta unanimidad entre los Padres ni entre los teólogos acerca del carácter sacrificial de la Cena, especialmente en el aspecto propiciatorio, ni tampoco reinaba unanimidad en que se hiciera de este carácter sacrificial de la última Cena el fundamento del sacrificio de la Misa. No se veía tan claro este elemento en las narraciones evangélicas (42).

Aun hoy el tan extendido manual de Teología de la B. A. C. escribe en su cuarta edición de 1962, después de haber expuesto el argumento escriturístico en favor de la realidad sacrificial de la Cena: «De las *solas* palabras citadas de la Escritura no parece que se puede hacer un argumento del todo convincente» (43). Dentro de la exégesis católica contemporánea no existe reparo en afirmar que «un grupo de argumentos exegéticos frecuentemente utiliza-

(40) P. BRUNNER, *Zur katholischen Sakramenten- und Eucharistielehre*: Theologische Literaturzeitung 88 (1963) 180.

(41) Cf. P. MEINHOLD - E. ISERLOH, *Abendmahl und Opfer*. Stuttgart 1960, 149-151.

(42) Cf. E. JAMOULLE, *L'unité sacrificielle de la Cène, la Croix et l'Autel au Concile de Trente*: Ephemerides Theologicae Lovanienses 22 (1946) 41-42 nota 22; M. CUERVO, O.P., *Los Teólogos de la Escuela Salmantina en las discusiones del Concilio de Trento sobre el Sacrificio de la Cena: La Ciencia Tomista* 74 (1948) 177-216.

(43) J. A. DE ALDAMA, S.I., *De sacramento unitatis christianae...* en *Sacrae Theologiae Summa* [B.A.C.] IV⁴, Matriti 1962, tr. III th. 2 n. 25.

dos» parece no probar el valor propiamente sacrificial de la última Cena (44).

Si bien después del Concilio de Trento ningún católico duda de que la última Cena fuera verdadero sacrificio propiciatorio, el hecho de que en la Sagrada Escritura no se viera tan nítida esta verdad favorecía el que la explicación sacrificial de la Misa, que es la concepción de toda la tradición cristiana, buscara su apoyo directamente en ser la Misa representación del sacrificio de la Cruz, el cual es el sacrificio del Nuevo Testamento, tan expresamente denominado así en las páginas de la Biblia.

Si la última Cena nos fuera presentada por los hagiógrafos como sacrificio, resultaría más obvio relacionar la Misa como sacrificio con esta misma realidad sacrificial de la Cena del Señor, ya que en el mandato de Jesús, en el que se funda la Eucaristía eclesial, se ordena a los apóstoles que hagan «esto» que ha hecho Jesús, y que lo hagan «en memoria» del Maestro (45).

Hoy tenemos una mejor comprensión de las narraciones eucarísticas, principalmente a base de un conocimiento más exacto del fondo veterotestamentario de la celebración de la última Cena (46). En este clima se nos ha hecho más fácil entender que la Cena fue un banquete sacrificial, y por tanto que en ella encontramos un auténtico sacrificio (47).

La presunción que acabamos de señalar de que si la última Cena fuera vista en la Sagrada Escritura como sacrificio, sería lo más natural relacionar la Misa *directamente* con el sacrificio de la Cena, nos parece verla ya camino de realizarse en varios de los autores de hoy.

(44) Cf. M. DE TUYA, O.P., *Del Cenáculo al Calvario. Estudio sobre la Pasión de Jesucristo*. Salamanca 1962, 126-127.

(45) Cf. Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24-25. Tal conexión ha quedado señalada por NEUNHEUSER, o.c., 66-67.

(46) Véanse p. ej. J. P. AUDET, O.P., *Esquisse historique du genre littéraire de la «Bénédictio» juive et de la «Eucharistie» chrétienne*: *Revue Biblique* 65 (1958) 371-399; J. DUPONT, O.S.B., «Ceci est mon corps», «Ceci est mon sang»: *Nouvelle Revue Théologique* 80 (1958) 1025-1041; J. JEREMIAS, *Die Abendmahlsworte Jesu*, Göttingen 1960; KL. GAMBER, *Anklänge an das Eucharistiegebet bei Paulus und das jüdische Kiddusch*: *Ostkirchliche Studien* 9 (1960) 254-264; H. KOSMALA, «Das tut zu meinem Gedächtnis»: *Novum Testamentum* 4 (1960) 81-94; R. LE DEAUT, *La nuit pascale* [Analecta Biblica, 22]. Roma 1963.

(47) Véase p. ej. B. COOKE, *Synoptic Presentation of the Eucharist as Covenant Sacrifice*: *Theological Studies* 21 (1960) 1-44; P. NEUENZETT, *Das Herrenmahl. Studien zur paulinischen Eucharistieauffassung*. München 1960; J. BETZ, *Die Eucharistie in der Zeit der griechischen Väter. II. 1. Die Realpräsenz des Leibes und Blutes Jesu im Abendmahl nach dem Neuen Testament*. Freiburg 1961; DE TUYA, *Del Cenáculo al Calvario...*, 126-134; SV. AALEN, *Das Abendmahl als Opfermahl im Neuen Testament*: *Novum Testamentum* 6 (1963) 128-152; B. FRAIGNEAU-JULIEN, P.S.S., *Éléments de la structure fondamentale de l'Eucharistie. II. Le sacrifice*: *Revue des Sciences Religieuses* 37 (1963) 321-326; G. D. KILLPATRICK, *L'Eucharistie dans le Nouveau Testament*: *Revue de Théologie et de Philosophie* [Genève-Lausanne-Neuchâtel] 97 (1964) 193-204.

Compárese, por de pronto, con el poco ha citado el título de una obra actual: *El Sacrificio de la Nueva Alianza*, donde se trata de la Cena, la Cruz y la Misa (48). El obispo católico Mons. Reuss presenta su estudio sobre la Misa como: *Banquete sacrificial - Centro del ser cristiano* (49), y nos habla con insistencia de la Misa como banquete sacrificial principalmente en cuanto repetición de la última Cena.

¿No apunta esta nueva dirección la frase del citado Fraigneau-Julien: «La acción eucarística no es un sacrificio sino porque es la renovación de la Cena y así el memorial objetivo, eficaz e indefinidamente renovable del sacrificio único de la Cruz» (50)? Es muy de notar también que liturgistas de primera fila se interesan por destacar el aspecto de banquete que tiene la Misa, coincidiendo en que es inseparable del carácter sacrificial (51).

RAZONES EN FAVOR DEL NUEVO PLANTEAMIENTO

Volvemos a explicar, en primer lugar, cuál es nuestro intento. El sacrificio de la Cruz es el sacrificio por el cual Jesucristo nos ha redimido «una vez», y de una vez para siempre. Nada de cuanto digamos puede entenderse en el sentido de que exista en el cristianismo otro sacrificio que no sea el de la Cruz. Juntamente creemos por la fe cristiana que la última Cena fue verdadero sacrificio y que lo es la Misa: ambas acciones han de ser sacrificio por relación al de la Cruz, de tal manera que no se menoscabe la absoluta unicidad del sacrificio de Cristo. Para explicar esta realidad es preciso relacionar la última Cena y la Misa con la Cruz, pero podemos relacionarlas a cada una directamente con la Cruz o a la Misa directamente con la Cena y a la última Cena con la Cruz. En ambos casos es exacto afirmar que la Misa perpetúa el sacrificio de la Cruz (52); la diferencia es únicamente que en el primer caso la relación de la Misa a la Cruz es más directa o inmediata, y en el segundo caso es más indirecta o mediata, porque tal relación va a través de la Última Cena.

Digamos de otro modo lo mismo. Cuanto nos afirman los teólogos, los documentos magistrales, los textos litúrgicos, los Santos Padres acerca de la Misa como sacrificio de la Cruz queda absolutamente en vigor: la Misa es sacrificio esencialmente por su relación a la Cruz. Cabe, no obstante, cargar el acento en que la Misa es sacri-

(48) J. LECUYER, *Le Sacrifice de la Nouvelle Alliance*. Le Puy 1962.

(49) J. M. REUSS, *Opfermahl-Mitte des Christseins*. Mainz 1960.

(50) O.c., 344.

(51) Cf. NEUNHEUSER, *Eucharistie in Mittelalter...* 67; M. GARRIDO — A. PASCUAL, O.S.B., *Curso de Liturgia Romana* (B.A.C., n. 202) Madrid 1961, 227-234.

(52) Cf. Conc. Vatic. II. Const. sobre la Sgda. Liturgia n. 47.

ficio por su relación a la Cena; como la Última Cena es sacrificio por su relación a la Cruz, no se ha perdido la relación de la Misa a la Cruz, sino que se ha hecho más mediata, por medio de la Cena.

Un tercer modo de explicarnos. La Cruz está siempre en la perspectiva de la Misa como sacrificio, y está también en la perspectiva de la Cena. El punto que nos interesa aclarar es éste: ¿no será mejor ver en la perspectiva de la Misa en el primer plano el sacrificio de la Última Cena, y en este sacrificio de la Cena ver el sacrificio de la Cruz? Nuestro problema es, por consiguiente, de perspectiva o de acentuación, pero creemos que éste no es un detalle de poca importancia ni desde el punto de vista teológico ni desde el punto de visto ecuménico, litúrgico y pastoral.

En las pruebas que vamos a aducir sería absurdo pretender que la Misa no se relacione con la Cruz; sin tal relación la Misa no sería sacrificio. Nos basta que presenten a la Misa como sacrificio en relación *directa* con la Cena.

a) *Documentos del Magisterio.* El Concilio de Trento, que al explicar la razón del carácter propiciatorio del sacrificio de la Misa relacionaba a éste directamente con la Cruz, cuando trata de la institución del sacrificio de la Misa pone en relación a éste directamente con el sacrificio de la Cena y al sacrificio de la Cena con el de la Cruz (53). Este es precisamente el planteamiento que proponemos en nuestro trabajo.

Por la importancia del texto vamos a analizarlo. Expresamente propone el Concilio la unicidad del sacrificio de Cristo en el ara de la Cruz, como dificultad para que se diera en la Cena un sacrificio; pero esa razón, en lugar de ser dificultad verdadera, es el motivo de que Jesucristo ofreciera el sacrificio de Sí mismo en la Cena. El Concilio arguye, en efecto, que por una parte el eterno sacerdocio de Cristo no debía extinguirse con su muerte, y que, por otra parte, el Señor había de dejar a su amada esposa la Iglesia un sacrificio visible, acomodado a lo que pide la naturaleza de los seres humanos: para ello se ofreció a Sí mismo como sacrificio al Padre en la Cena, y mandó a los Apóstoles y a sus sucesores que continuaran ofreciéndolo. El sacrificio de la Cena enseña el Concilio que es representación del sacrificio cruento que una vez se había de realizar en la Cruz.

Nos patentiza este documento solemne de Trento que la naturaleza de la Misa como sacrificio es consecuencia de ser la Misa —por voluntad y mandato de Cristo— continuación del sacrificio de la Cena, el cual sacrificio de la Cena no impide que el sacrificio redentor del ara de la Cruz se ofrezca sólo una vez.

No tratamos ahora de explicar en detalle cómo el sacrificio de la Cena no va en contra de la unicidad del sacrificio de la Cruz.

(53) Cf. sesión 22 cap. 1: DENZINGER 937 a 939 (ed. 32, 1738-1742).

Nos basta recoger el dato tridentino de que la Misa es sacrificio en relación *directa* con el sacrificio de la Cena.

Con esta fundamentación teológica le quedaba a Trento el camino abierto para explicar el carácter propiciatorio de la Misa contra los protestantes. En efecto, el sacrificio de la Última Cena tenía su razón de ser en representar, perpetuar y aplicar aquel mismo sacrificio de la Cruz; por tanto, era ilógico conceder a la Cruz carácter propiciatorio —como lo concedían los protestantes— y discutir el carácter propiciatorio al sacrificio de la Cena. Sería lógico en negar que el sacrificio de la Última Cena fuera propiciatorio quien negara que la Cena había sido auténtico y actual sacrificio, es decir, quien atribuyera a la Cena un carácter meramente representativo o figurativo del verdadero sacrificio.

Al tratar aquí el Concilio del sacrificio de la Cena como de verdadero y actual sacrificio, y al fundamentar teológicamente su existencia en su total relación al sacrificio de la Cruz, no deja objetivamente margen para la interpretación protestante.

Llama Trento en el mismo capítulo a la Misa la nueva Pascua, inmólación del mismo Cristo por los sacerdotes en memoria del tránsito al Padre, cuando Jesús nos redimió con el derramamiento de su sangre. Todo ello es de tipo propiciatorio. Y al final de ese capítulo es presentada la Eucaristía, instituida en la Cena como consumación y perfección de los varios sacrificios antiguos, pues abarca «todos los bienes» significados por aquéllos. Es claro, pues, el pensamiento tridentino que refiere el sacrificio de la Cena al sacrificio de la Cruz en todas las virtualidades sacrificales de éste, y aún de modo singular en la virtualidad propiciatoria.

Sin embargo, no siguió el Concilio esa línea de argumentación, que objetivamente estaba contenida en sus palabras. Las vacilaciones de algunos de sus miembros, y en el fondo más decisivamente el estado de la exégesis de entonces y el mismo planteamiento de la negación protestante, hicieron que en su capítulo siguiente explicara Trento el carácter propiciatorio de la Misa por la relación directa de ésta a la Cruz (54); ello es perfectamente verdadero, pero deja a un lado la dirección señalada en el capítulo anterior y que, a nuestro modo de ver, hubiera sido la más acertada, aunque en aquellas circunstancias era casi imposible que el Concilio la llevara adelante.

La encíclica «*Mediator Dei*» repite al pie de la letra las frases que acabamos de estudiar en el primer capítulo de Trento aunque con la particularidad de no recoger el primer elemento tridentino de la aparente dificultad que provendría de la unicidad del sacrificio redentor en la Cruz; pero la idea del sacrificio cruento que había de ser ofrecido sólo una vez en la Cruz, sí es presentada con las palabras del Concilio (55).

(54) Cf. sesión 22 cap. 2: DENZINGER 940 (1743).

(55) Cf. AAS 39 (1947) 547.

b) *Santos Padres*. Nos ofrecen, ante todo, muy reiteradas y bien claras afirmaciones de que en la Cena se ofreció Jesús a Sí mismo como sacrificio al Padre (56). Ello facilitará el que puedan relacionar la celebración eucarística de la Iglesia bajo el aspecto de sacrificio con la Última Cena. También notan que nuestro sacrificio eucarístico se hace por el mandato de Jesús en la Cena (57).

Es obvio que Padres como San Ireneo y San Cipriano, al escribir acerca del pan y del vino en cuanto elementos del sacrificio de la Misa, aludan al sacrificio de la Cena (58). Más derechamente hacen a nuestro propósito las expresiones siguientes.

Eusebio de Cesarea, a los comienzos del siglo iv, en el primer libro de su obra *Demostración evangélica* ha expuesto cómo el Salvador purificó a todo el mundo con su sacrificio puro (59), y en el libro quinto explica cómo Jesús cumple la profecía de ser sacerdote según el orden de Melquisedec por medio de los sacerdotes del Nuevo Testamento, y en este contexto escribe: «De la misma manera [que Melquisedec] nuestro Salvador y Señor en persona el primero, y después todos los sacerdotes procedentes de El, cumpliendo el espiritual ministerio sacerdotal según los ritos eclesiásticos por todas las naciones, insinúan con pan y vino los misterios de su cuerpo y de su salvadora sangre...» (60). La celebración sacrificial eucarística aparece aquí tan en continuidad con la Cena que Jesús en persona fue el primero en esta celebración, y los sacerdotes le siguen en ella.

San Efrén, a mediados del siglo iv, llama al Cenáculo, donde Jesús celebró la última Pascua con sus discípulos, «la primera iglesia de Cristo y el primer altar», y añade que allí «se vio la primera de todas las oblações» (61). Es decirnos que las oblações de nuestras iglesias y de nuestros altares son la oblação aquella de la Última Cena.

San Juan Crisóstomo (354-407), Doctor de la Eucaristía (62), declara en una de sus homilias que no depende de la virtud del sacerdote realizar cosa tan grande como son los misterios eucarísticos, y dice: «Quiero añadir algo maravilloso en realidad, pero no os admiréis y espantéis. ¿Qué es esto? La oblação es la misma, ya sea un cualquiera quien la ofrezca, ya sea Pablo ya sea Pedro; es la misma, la que Cristo dio a los discípulos y la que ahora hacen los sacerdotes. En manera alguna es menor ésta que aquélla, por-

(56) Cf. J. SOLANO, S. J., *Textos Eucarísticos primitivos* t. 2. Madrid 1954 (B.A.C., n. 118) pg. 834-836.

(57) Cf. o.c., 2 pg. 880 en VIII b.

(58) Cf. SOLANO, o.c., 1 (Madrid 1952 B.A.C., n. 88) 113.210.213.218.223. 225-226.

(59) Cf. o.c., 1, 267.

(60) Cf. o.c., 1, 276.

(61) Cf. o.c., 1, 378. Cf. 343.

(62) Cf. o.c., 1, 662.

que no son los hombres los que la santifican, sino Aquel que ya santificó aquella» (63). Es categórica la afirmación de que este sacrificio ofrecido por los hombres es aquel que ofreció Cristo en la Cena y dio a los discípulos. La igualdad en dignidad es consecuencia de que es la misma oblación. Y no sólo porque Cristo «santificó» aquella y santifica ésta, como podría decirse del bautismo instituido por Cristo, sino porque «ésta es la misma mesa que aquella... éste es aquel cenáculo en que entonces estaban y de donde salieron al monte de los Olivos» (64).

El abad Casiano (c. 360-c. 435) veía en el «sacrificio vespertino» de que habla el salmo 140 la prefiguración de aquel «verdadero sacrificio vespertino» que puede ser «el que al atardecer es entregado por el Señor Salvador a los apóstoles en la cena, cuando daba comienzo a los misterios sacrosantos de la Iglesia» o puede ser el sacrificio de la Cruz (65). Es notable la expresión en que manifiesta Casiano su idea de que los misterios eucarísticos han sido *iniciados* en el sacrificio de la Última Cena; son, por consiguiente, continuación de aquel verdadero sacrificio.

No pocas veces se refieren los Santos Padres a Jesucristo Sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que como tal sigue hoy ejerciendo su sacerdocio (66). En esta afirmación late la concepción de que el sacrificio de pan y vino que existe en la Iglesia hace permanente el sacrificio que Jesús ofreció en la Última Cena.

La relación de la Misa al sacrificio de Cristo en la Cruz es mucho más frecuente (67), ya que, en frase de San Ambrosio, la carne y la sangre de la Eucaristía son «los sacramentos de la muerte del Señor» (68). La muerte del buen Pastor en la Cruz ha sido el sacrificio de Jesús, que ha hecho posible el que pusiera El su cuerpo y sangre en nuestro sacramento y saciara con el alimento de su carne a las ovejas que había redimido, como explica San Gregorio Magno (69). Pero es significativo que al mismo tiempo relacionen los Padres a la Misa como sacrificio con la Cena.

c) *Las liturgias.* Baste decir que en su conjunto son el testimonio viviente de cómo el culto sacrificial eucarístico tiene su inmediata razón de ser en la celebración de la Última Cena. El puesto central lo ocupan las palabras de Jesús referentes a su cuerpo y a su sangre, y expresamente suele añadirse que con la acción litúrgica se quiere cumplir el mandato del Señor (70).

(63) Cf. o.c., 1, 936.

(64) Cf. o.c., 1, 803. Véase 802.

(65) Cf. o.c., 2, 475.

(66) Cf. o.c., 2, pg. 985, a propósito de Gen 14,18. 14,18s. 14,18ss.

(67) Cf. o.c., 2, pg. 882-885.

(68) Cf. o.c., 1, 536.

(69) Cf. o.c., 2, 1168.

(70) Cf. GARRIDO-PASCUAL, *Curso de Liturgia...* 228-229.

d) *La Sagrada Escritura.* Tres elementos hemos de destacar aquí de las narraciones eucarísticas: el aspecto eucarístico, el aspecto de banquete sacrificial, el mandato de Jesús. Ninguna narración deja de notar que en esta ocasión Jesús «bendijo» o «dio gracias» (71). Tal gesto está en consonancia con la práctica del Señor en el resto de su vida (72), y con la tradición de su pueblo judío, cuya religiosidad estaba empapada del sentimiento de la alabanza de Dios por sus «mirabilia» y de agradecimiento hacia el Señor por sus beneficios (73). Bellos ejemplos de este espíritu son en los evangelios el cántico de Zacarías (74) y más aún el de la Virgen Santísima (75); de lo que hablaban los Apóstoles bajo la influencia del Espíritu Santo el día de Pentecostés era de «las grandezas de Dios», «magnalia Dei» (76).

El carácter de banquete sacrificial viene presentado en el ambiente de convite pascual, en el comer el cuerpo dado y en el beber la sangre derramada para remisión de los pecados, supuesta principalmente la mentalidad judía, y aún la pagana, de los banquetes sagrados, y en el designar aquella sangre como la sangre de la Nueva Alianza (77).

San Lucas y San Pablo nos han conservado explícitamente la orden del Señor de que hicieran «esto» que El había hecho «en memoria» de Jesús (78). No es únicamente convertir el pan en el cuerpo del Maestro, pues eso no fue más que una parte de lo realizado por Jesús: «esto» era «bendecir» y «dar gracias» en un banquete sacrificial de las características descritas en la Última Cena.

e) *Más apta solución de los varios problemas planteados por el carácter sacrificial de la Misa.*

Dentro del campo católico no hay duda acerca de los datos fundamentales: la Misa es verdadero sacrificio, pero no quita nada a la unicidad del sacrificio de la Cruz; la Misa representa el sacrificio del Calvario, y es a la vez convite sacramental del verdadero cuerpo de Cristo, la Misa es también sacrificio de la Iglesia. Parece, pues, que al tratar de conjugar estos varios elementos, aquella hipótesis tendrá más garantía de verdad que armonice mejor todos los datos en cuestión.

1. *Problema teológico.* El hecho mismo de la existencia del sacrificio de la Misa sin menoscabo alguno de la unicidad del

(71) Cf. Mt 26,26-27; Mc 14,22-23; Lc 22,19-20; 1 Cor 11,24-25.

(72) Cf. p. ej. Mt 11,25-26; 14,19; 15,36; Lc 24,30; Io 11,41.

(73) Cf. AUDET, *Esquisse historique...*: Revue Biblique 65 (1958) 371-399.

(74) Cf. Lc 1,64-68-70.

(75) Cf. Lc 1,46-55.

(76) Cf. Hechos 2,11.

(77) Véanse las obras citadas en la nota 47.

(78) Cf. Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24-25.

sacrificio de la Cruz queda comprobado como posible (después nos referiremos a su realidad) por el hecho de que la misma Sagrada Escritura habla de la Cena en términos sacrificales y habla de la Cruz como del único sacrificio de Cristo. La Última Cena es presentada en el Nuevo Testamento como banquete sacrificial, ininteligible sin sacrificio; y, no obstante, la muerte del Redentor en la Cruz aún no había tenido lugar. De manera que la misma Sagrada Escritura testimonia este hecho fundamental de dos acciones — Cena y Cruz —, que son verdadero sacrificio de Cristo, aunque Cristo sólo una vez ha sido sacrificado.

La aporía, por consiguiente, que aparece en la Misa como sacrificio respecto a la unicidad del sacrificio de la Cruz no es simplemente un problema planteado al teólogo, sino también al exégeta. El teólogo puede con razón invocar un hecho análogo: el sacrificio de la Cena, anterior en el tiempo a la Cruz, no suprime la verdad y la unicidad del sacrificio de la Cruz.

La realidad del auténtico sacrificio de la Misa es consecuencia de la realidad del sacrificio de la Cena. Aquel «esto» se refiere al convite sacrificial, y, por consiguiente, no harían los Apóstoles «esto» que hizo Jesús, si la Misa fuera nada más repetir la conversión eucarística en orden a la Comunión. Lo primario en la Cena fue el carácter de banquete precisamente sacrificial y no de otro sacrificio, sino del de la Cruz. El Concilio de Trento nos recordaba que para eso se ofreció el Señor a Sí mismo en la Cena, para dejar a la Iglesia un sacrificio visible.

La explicación de este hecho del carácter sacrificial de la Misa va a ser iluminada por el aspecto de convite sacrificial que reviste la Última Cena. Esta es un banquete sagrado, que lógicamente presupone el sacrificio, ya que es la participación del sacrificio y su complemento. En concreto, Jesús habla de su cuerpo dado y de su sangre derramada, y efectivamente no podían comer aquel cuerpo sino era «dado» ni podían beber la sangre que no estuviera derramada: pero en la realidad fisiológica el cuerpo fue «dado» y la sangre se derramó después, durante la pasión hasta la muerte.

Quiere decirse que Jesús hace una unidad de lo que va a suceder el Viernes Santo y de lo que se realiza en la Última Cena: sacramentalmente, en signo y en símbolo, ya está vertida la sangre tan de veras que ahora es ya bebida por los Apóstoles. Estamos *dentro* del único sacrificio de la reconciliación y de la Nueva Alianza, y tan realmente nos encontramos ya *en medio* de ese único sacrificio que esta copa de la Cena es llamada por Jesús «la Nueva Alianza» (79).

Notemos que aún en el momento del derramamiento fisiológico de su sangre, no la hubiera dado a beber el Señor a los suyos sino en sacramento, pues queda excluida toda concepción cafarraica.

(79) Cf. Lc 22,20; 1 Cor 11,25.

En esta explicación no hace falta preguntarnos dónde está en la Cena la «oblación» y la «inmolación». No hay más oblación e inmolación que la de la muerte de Jesús «una vez» en la Cruz. Es que la Cena está *dentro* del misterio de esa muerte de Cruz, y por eso la Cena es aquel sacrificio de la Cruz en su participación sacramental.

No se excluyen necesariamente otras explicaciones de la «presencia» de la Cruz en la Cena, pero creo que es suficiente que Jesús mismo es quien está ofreciendo su único sacrificio en la inmediatez cronológica de unas horas en forma sacramental en la Cena y en forma cruenta en la Cruz. Si El no nos hubiera hablado del sacrificio realizado en la Cena, hubiéramos quizás pensado que el sacrificio había sido únicamente ofrecido en los pocos momentos temporales que precedieron a la muerte de Cruz.

Tal vez, sin embargo, hubiéramos adivinado esta «presencia» de la Cruz a lo largo de toda la vida terrestre del Señor, desde que «al entrar en el mundo, dice: Tú no has querido sacrificios ni ofrendas, mas a Mí me has apropiado un cuerpo; holocaustos por el pecado no te han agradado, entonces dije: Héme aquí que vengo... para cumplir, oh Dios, tu voluntad» (80). Y es capital advertir lo que añade aquí la *Carta a los Hebreos*, la cual es el testimonio por excelencia de la unicidad del sacrificio de la Cruz, a saber, que en esa voluntad del Padre, aceptada por Jesucristo desde su entrada en el mundo, «somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo hecha una vez» (81). No ve antinomia el hagiógrafo entre la oblación única del cuerpo de Cristo en la Cruz y la aceptación, cronológicamente anterior en varios años, de esa voluntad del Padre respecto al único sacrificio de la Cruz, porque evidentemente esa aceptación es única y abarca la íntegra existencia terrena de Cristo hasta la muerte.

Para la relación temporal de unicidad entre la Cena y la Cruz nos ofrece también San Juan su profunda concepción de «la hora» de Jesús. Cuando en la fiesta de los tabernáculos trataban los judíos de prender a Jesús, no lo hicieron, porque «todavía no había llegado su hora de El» (82). Inmediatamente antes de la pasión dirá Jesús: «Ha llegado la hora» (83); la descripción de la Última Cena la introduce San Juan así: «Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para que pasase de este mundo al Padre» (84), y la oración sacerdotal en la Cena será comenzada por Jesús mismo con esta idea: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo» (85). No es, pues, arbitrariedad nues-

(80) Hebr 10,5-7.

(81) Hebr 10,10.

(82) Juan 7,30.

(83) Juan 12,23. Cf. 12,27-28.

(84) Juan 13,1.

(85) Juan 17, 1.

tra incluir la Última Cena dentro del tiempo de la Pasión en una verdadera unidad.

La idea del tiempo es muy diferente para el hombre griego y para el hombre hebreo. El griego, y en esto nuestra cultura europea es griega, concibe el tiempo como una línea encima de la cual estamos con la mirada hacia adelante: el futuro lo tenemos delante de nosotros, el pasado lo tenemos detrás. En esta línea podemos señalar claramente por medio de puntos todos los tiempos verbales comenzando por el presente, que es el punto en el cual estamos. Para nosotros el tiempo está pensado con categorías espaciales: espacio de tiempo, punto de tiempo, distancia de tiempo, etc. El hebreo concibe el tiempo como algo cualitativo, porque el tiempo para él es idéntico con su contenido. El tiempo es el concepto del suceder el torrente de las realidades, mientras que nosotros separamos el tiempo de las realidades que suceden en el tiempo. Los hebreos y los semitas son quizás los que tienen el verdadero concepto del tiempo como tal — no espacio —: para ellos los tiempos verbales están fundamentalmente dominados por la idea del suceder considerado como completo (*perfectum*) o incompleto (*im-perfectum*); este incompleto abarca nuestro presente y nuestro futuro, pues ambos están in-completos. Lo «completo» está determinado en función de una persona que lo ha realizado, mientras que lo «pasado» está designado en función de un punto impersonal, objetivo, de la línea del tiempo. Esto nos manifiesta el sentido más «personal» y dinámico de la mentalidad hebrea (86).

En esta manera de concebir propia de Jesús y de sus apóstoles, se ve aún más claro que *dentro* del *único* sacrificio de la Cruz había de estar la Última Cena con su carácter de convite sacrificial.

La doctrina de Trento, que hemos recogido al exponer los documentos del Magisterio, encuentra un sentido perfecto. Recalca el Concilio que Jesús había de ofrecerse una vez en el altar de la Cruz y afirma que se ofreció a Sí mismo en la Cena; no dice el Concilio que en la Cena hizo una oblación distinta de la de la Cruz sino que se ofreció. Según la exégesis que presentamos, la oblación de Jesús que culminó en la Cruz había ya comenzado en la Cena, o mejor dicho, era un mismo «tiempo» para Jesús, aunque las horas del reloj marcasen distintos momentos.

Con su decisión han asegurado los Padres de Trento la verdad central de que el sacrificio cruento de la Cruz queda perpetuado en la Iglesia gracias a que Jesús, que se había de ofrecer en la Cruz una vez, se ofreció a Sí mismo en la Cena y mandó hacer «esto» a los Apóstoles.

La Misa, convite sacrificial, al que Jesús ha puesto en conexión inmediata con la Cena por su mandato de hacer «esto», se explica

(86) Cf. TH. BOMAN, *Das Hebräische Denken im Vergleich mit dem griechischen*³. Göttingen 1959, 104-133. También puede ayudar a precisar: J. BARR, *Biblical Words for Time*. London 1962.

de modo parecido en cuanto a su carácter de verdadero sacrificio. Nos hallamos simplemente *dentro* del sacrificio de la Cruz, participado sacramentalmente.

Si Jesús hubiera dicho en la Cena: Hago esto con vosotros hasta el fin de los tiempos, no hubiéramos tenido dificultad en ver extendida a la Misa la unicidad existente entre la Cena y la Cruz: la oblación del Salvador perduraría en Él, y el cambio numérico de la materia del pan y del vino y de los comensales no afectaría a algo esencial en el carácter de la Cena y de la Misa como banquete sacrificial de la Cruz.

El Señor dijo: «Haced esto en memoria mía». Lo difícil no es tanto el aceptar que Jesús haya dado el poder de convertir el pan en su cuerpo, cuanto el aceptar que Jesús haya podido transmitir el poder de hacer «esto» que Él hizo en la Cena. La razón, aun creyendo en la Omnipotencia del Maestro, parece resistirse a aceptar que los hombres puedan hacer aquel banquete sacrificial de la Cruz de Cristo: interviene ahí tan personalmente el Redentor que nadie puede hacer lo que se diría exclusivo de Él.

El auténtico misterio de fe está principalmente en el «Haced esto». Por una parte lo hemos de hacer los hombres, pero por otra parte lo que hemos de hacer es algo tan inalienable de Jesús como el sacrificio de Sí mismo al Padre por la salvación del mundo. Si hubiéramos de *recordar* «esto», no sería difícil; pero «hacer» es casi inconcebible, aun supuesto el mandato categórico de Jesús.

Bien comprendemos que sería absurdo concebir un cumplimiento del mandato del Señor, si Él mismo no estuviera presente como lo estuvo en la Cena. Y a la vez no tendría realización la orden de Jesús, si no hiciéramos nosotros aquel banquete sacrificial de la Cena «en memoria» de Jesús.

La presencia del Señor en su Iglesia ha sido afirmada claramente por Él, antes de subir al cielo: «Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo» (87). Tal presencia de Cristo con los hombres se armoniza con su estancia ante el Padre, «ya que vive siempre para interceder por ellos» (88). Es más, gracias a que Jesús permanece para siempre, tiene también un sacerdocio sempiterno, por lo cual puede salvar perfectamente a los que por Él se acercan a Dios (89). ¿Podemos concebir un sacerdocio sempiterno y activo de Jesús, sin que permanezca en Él la oblación aquella por la que nos ha santificado de una vez para siempre?

La hipótesis, pues, que presentábamos hace un momento, según la cual Jesús hubiera dicho: Hago esto con vosotros hasta el fin de los tiempos, se realiza plenamente, y tal sentido se halla incluido en el contexto del mandato de hacer «esto». Y, por tanto,

(87) Mt 28,20. Cf. Mt 18,20; Juan 14,23

(88) Hebr 7,25. Cf. Rom 8,34; 1 Juan 2,1.

(89) Cf. Hebr 7, 24-25.

no hemos de tener dificultad en ver extendida a la Misa la unicidad sacrificial de la Cena y la Cruz; corporalmente, como en la Cena, está Jesús ofreciéndose al Padre bajo las especies sacramentales en el banquete sacrificial de la Misa, que, bajo este aspecto, es tan convite sacrificial de Jesús como lo fue la Cena.

Lo que hacemos nosotros para cumplir el encargo del Salvador es usar de ese poder incomprensible que Él nos ha otorgado para que seamos nosotros los que realizamos «esto»: nos unimos a Cristo Sacerdote eterno en su adoración y agradecimiento, en su eulogía y en su eucaristía al Padre; hacemos que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y en la sangre del Maestro; hacemos así que Cristo corporalmente presente, como en la Cena, con aquella su oblación sacrificial dé a comer a los fieles por medio de nuestras manos su cuerpo dado y su sangre derramada para la remisión de los pecados, la sangre da la Nueva Alianza.

Entre el banquete sacrificial de la Última Cena y el de la Misa la diferencia está en que *nosotros hacemos* — por mandato de Jesús — que el Señor con su presencia corporal de Sacerdote según el orden de Melquisedec se ofrezca aquí al Padre y se *nos* dé a comer como víctima del sacrificio redentor por mano del sacerdote bajo las apariencias de un pan y vino que *no son individualmente* el pan y el vino de la Última Cena. Y otra diferencia es que en la Misa *nos unimos nosotros* a la oblación de Cristo, los miembros de su cuerpo *participamos* de la actitud sacrificial de la Cabeza.

La Misa como sacrificio de la Iglesia queda explicada en este último elemento de *nuestra* participación con Cristo en su oblación al Padre. El pan y el vino que aporta la Iglesia serán los símbolos de esta oblación eclesial de lo que el Señor nos ha dado y que a Él lo devolvemos. Dios aceptará este nuestro don y lo hará suyo en la realidad de la conversión en el Cuerpo de Cristo. Con ello prosigue en la tierra el misterio de la Encarnación de Dios. Pero sobre todo queda explicada la Misa como sacrificio de la Iglesia, porque el Salvador quiso que la Iglesia hiciera «esto» que Él había hecho en el Cenáculo: pocos datos hay tan significativos de la unión querida por Cristo entre su Iglesia y Él mismo; es la idea tan fecunda de la Iglesia *cuerpo* de Cristo.

El rito sacramental significativo de la muerte de Cristo, la doble consagración *por separado* del pan como verdadero cuerpo y del vino como verdadera sangre del Redentor, adquiere todo su sentido cuando hacemos nosotros «esto» que Él nos mandó. Es el cuerpo dado de la Última Cena y la sangre derramada de la Nueva Alianza en el Cenáculo, participación convival y sacramental del sacrificio cruento de la Cruz, en la cual aun fisiológicamente se derramaría aquella sangre y sería entregado en la muerte aquel cuerpo.

La esencia de la Misa como sacrificio ha de ponerse con razón en esta doble consagración y sólo en ella, como en la Última Cena se encontraba ya la razón del sacrificio en la oblación de Jesús

con la visibilidad sacramental del cuerpo dado y de la sangre derramada. Aunque ningún Apóstol hubiera participado en aquel convite sacrificial, el convite allí estaba. Pero es claro que este sacrificio de la Misa precisamente por ser *convite* sacrificial, quedaría sin su debida integridad si al menos el sacerdote no comulgara (90).

Por ser un *banquete* sacrificial es obvio que no haya convidado alguno que no coma efectivamente. A esta idea responde el empeño de la Iglesia actual en fomentar la comunión sacramental. En la Iglesia más primitiva no parecía concebirse un mero asistir a la Eucaristía sin comulgar sacramentalmente. La descripción más antigua de la Eucaristía nos dice en el siglo segundo: «Después de que el que preside ha dado gracias y todo el pueblo ha aclamado, los que entre nosotros se llaman diáconos dan a cada uno de los presentes a participar del pan y del vino y del agua eucaristizados, que también llevan a los ausentes» (91).

Resumimos diciendo que el ver el sacrificio de la Misa en la perspectiva inmediata del Cenáculo facilita la comprensión de los más arduos problemas teológicos referentes a la verdad del sacrificio eucarístico, a su no incompatibilidad con el sacrificio de la Cruz ofrecido una vez, a la inserción del sacrificio de la Iglesia en el de Cristo, y finalmente a la fundamentación del empeño eclesial en la frecuente comunión. La evolución teológica señala históricamente una firme directriz de identidad entre el sacrificio de la Misa y el de la Cruz. A esta perfecta identidad explicada por nosotros se añade la identidad también con el sacrificio de la Cena, el cual suele quedar al margen del estudio teológico en el punto concreto que nos ocupa de la identidad sacrificial. ¿Nos será permitido añadir que no conocemos ninguna otra solución que ofrezca un punto de vista tan perfectamente coherente de todos estos aspectos?

2. *Problema histórico.* Aludimos brevemente al hecho desconcertante de que este aspecto que ahora venimos subrayando y que nos parece tan obvio y tan simplificador y esclarecedor no haya sido mantenido en la mayor parte de los Santos Padres y de los documentos magisteriales, menos aun en los teólogos hasta nuestros días, habiendo predominado en ellos casi absolutamente la referencia *inmediata* de la Misa a la Cruz.

No hace falta que insistamos en que tal planteamiento es recto, ya que el sacrificio de nuestra redención es el de la Cruz, y por eso a la Cruz han de referirse en último término la Cena y la Misa. Pero no deja de chocar que no sólo en último término sino casi exclusivamente haya sido relacionada la Misa, en cuanto sacrificio, con la Cruz.

La razón más decisiva de este fenómeno nos la presenta el mis-

(90) Cf. Encicl. «Mediator Dei»: AAS 39 (1947) 563; DENZINGER²² 3854

(91) Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 1,91. Véase 93.

mo carácter de banquete sacrificial que estamos recalcando. Aquí de modo particular lamenta el cristiano que nuestros padres en la revelación verdadera, que aquel pueblo judío al que perteneció Jesús con su Madre Inmaculada, al que pertenecieron los Apóstoles todos y los primeros creyentes, no hubiera llegado como pueblo a formar parte de la Iglesia cristiana. Sólo los judíos por su preparación religiosa veterotestamentaria estaban del todo preparados para atender el alcance del banquete sacrificial ofrecido al Dios verdadero. Los cristianos venidos del paganismo conocían banquetes sacrificales, pero tales que eran motivo de repulsa para su nueva fe. Con ello se comprendió muy bien la Eucaristía como banquete, se conservó la fe en el carácter de sacrificio que poseía, pero muy pronto se desdibujó el matiz de banquete sacrificial, que era el de la Sagrada Escritura y el que daba armonía a toda la fe.

Esta falta de sensibilidad por el banquete sacrificial hubo de tener su influencia en que la Comunión, probablemente diaria en los tres primeros siglos (92), se hiciera pronto mucho menos frecuente, y a su vez el descuido en participar del sacrificio influyó en que el aspecto de convite pasara a segundo plano ante el de sacrificio.

Consecuencia del mismo hecho histórico tan lamentable de la no entrada en masa de los judíos en la Iglesia fue el que ya desde el siglo II se perdiera mucho el recto sentido del «benedicir» a Dios, como sentimiento religioso teocéntrico de alabanza y admiración, tan en uso en el Antiguo Testamento (93).

Hemos señalado antes la tan diversa concepción del tiempo entre griegos y judíos. El problema de la unicidad del sacrificio creemos que no hubiera existido para la Iglesia, si la mentalidad judía, en la que Cristo se había expresado, hubiera tenido predominio o al menos fuerza dentro del pensamiento cristiano.

3. *Problema litúrgico.* Mientras en el sacrificio de la Misa estemos mirando directamente a la Cruz, nos seguirá sucediendo que psicológicamente veremos reducido lo sacrificial al momento de la doble consagración, y como complemento suyo la Comunión. Continuaremos sin hacer asequible de modo fácil la relación entre el sacrificio — de la Cruz — y la Comunión, y trataremos de aprovechar esta ocasión litúrgica para la instrucción religiosa y para la oración. No quiero en modo alguno insinuar que no deben darse en la Misa la que llamamos liturgia de la palabra y la oración: en seguida indicaré su importancia. Pero en todo este trabajo estoy refiriéndome a un problema de armonía y de acoplamiento de elementos que todos admitimos.

(92) Cf. J. SOLANO, S. I., *Variaciones históricas sobre la Comunión frecuente en Estudios del IV Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Granada del 15 al 19 de mayo 1957.* Granada 1958, 251-286.

(93) Cf. AUDET, *Esquisse historique...*: *Revue Biblique* 65 (1958) 397-398.

Con sólo dirigir nuestra consideración a la Misa como a la continuación de la Última Cena adquiriremos el punto de vista unificador y perfectamente inteligible. A lo que hizo en el Calvario Jesús no podemos acercarnos por completo en la representación litúrgica; a lo que hizo en la Cena, sí y muy fácilmente.

La descripción detallada más antigua que poseemos acerca de la celebración eucarística es la varias veces citada de San Justino, escrita hacia el año 150. En el cuadro de esta tan primitiva liturgia creo que podremos compaginar los elementos hoy fragmentados de no pocas de nuestras liturgias.

Distingue San Justino una liturgia que nos atreveríamos a llamar «de día de labor» de otra liturgia «dominical» (94). Ambas coinciden en estos elementos y por este orden: oraciones en común, presentación de pan, vino y agua al que preside, este que preside eleva a Dios oraciones y acciones de gracias, al final de lo cual el pueblo aclama con el amén; a continuación los diáconos reparten entre los presentes la Sagrada Eucaristía y la llevan a los ausentes (95). La liturgia dominical añade el ser una reunión de todos los de la comunidad cristiana en un mismo sitio, reunión que es comenzada con la lectura de las Sagradas Escrituras, mientras lo permite el tiempo; sigue una exhortación del que preside animando a imitar «estas cosas excelsas» (96).

El esquema de una liturgia que nos ayudase a vivir «esto» que Jesús hizo en la Cena y mandó que nosotros hiciéramos, nos «descubriría» las líneas fundamentales de nuestra Misa.

La Comunidad cristiana ora, respondiendo al precepto de Jesús y a la necesidad religiosa más profunda de nuestra dependencia de Dios. La oración comunitaria tiene la significación nuclear en el cristianismo de que somos todos un cuerpo, el cuerpo de Cristo, y por eso unos miembros se interesan también por los otros (97).

Como preparación del banquete sacrificial se disponen el pan y el vino mezclado con agua, y quizás fuera ésta la ocasión de que los que tienen posibilidades dejaran a disposición de la Comunidad, «cada uno según su voluntad», lo que les parezca para las necesidades ocurrentes. Esta práctica es referida ya por San Justino a propósito de la liturgia dominical, si bien él no la coloca en ese momento del «ofertorio» del pan y del vino (98).

El sacerdote, dentro del espíritu de la eulogia y de la eucaristía de Jesús en la Última Cena, «alaba y glorifica al Padre de todas las cosas por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y da gracias

(94) Cf. SOLANO, *Variaciones...* 258-266. Nuestra argumentación se basa principalmente en el análisis filológico-conceptual del comienzo del cap. 67 de la *Apología*.

(95) Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 1, 91.93.

(96) Cf. o.c., 93.

(97) Cf. 1 Cor 12,12-27.

(98) Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 1,94.

largamente, porque por Él hemos sido hechos dignos de estas cosas», en bella frase del mismo San Justino (98). Es capital entrar así en la religiosidad de Jesús y de la revelación del Antiguo Testamento, transida de adoración y alabanza a Dios, infinitamente grande y bueno: sus «mirabilia» y sus «magnalia» han de ser el tema preferido de nuestro culto sacerdotal, en inseparable unión con la acción de gracias por sus beneficios. En la Misa esta «eucaristía» ha de referirse de modo singular a Jesús, en cuya «memoria» hacemos esto, a su amor salvador, a su muerte sacrificial, a su resurrección y ascensión, a su perenne sacerdocio y reino.

En el contexto de esta «eucaristía» se inserta como parte central la relación de lo hecho por el Maestro en la Cena, y con sus palabras se «eucaristizan» el pan y el vino, es decir, se convierten en la Eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Jesús. Es curioso que San Justino incluya la realización eucarística simplemente en esas alabanzas y acciones de gracias hechas a Dios por el que preside; es verdad, con todo, que expresamente la refiere al mandato y a las palabras del Señor en la Última Cena (100). Aquí habrá de insistirse en el sentido de ofrenda y reparación que da la Misa a la vida cristiana, como explicaremos al tratar del problema pastoral.

Las peticiones hechas a Dios por el sacerdote acompañan las alabanzas y las acciones de gracias, y son confirmadas por el solemne amén de toda la Comunidad. La oración por antonomasia, la oración del Padre nuestro, ocupa un puesto de honor, como tal vez sería muy oportuno incorporar a las alabanzas, además del «Gloria in excelsis Deo», el himno de «bendición» de la Madre de Jesús, el «Magnificat», que es el himno de los «pobres» de Yahve.

El prefacio del rito romano recobraría su sentido capital, y tal vez en ese contexto pudiera hacerse mención cada día del santo conmemorado o de la fiesta particular. Con ello se conservaría vivo el recuerdo de los santos, singularmente de la Madre de Dios, recuerdo tan importante para el cristiano, y se celebrarían las varias festividades del Señor, pero quedando todo jerarquizado en su contexto teocéntrico y cristológico, sin que sea nuestro intento reducir a esta mención la celebración de los santos y de las fiestas. Las expresiones venerables del canon romano actual bien estructuradas, hallarían también su lugar dentro de esa gran «eucaristía».

La Comunión habría quedado preparada por el ambiente eucarístico precedente, en el que se ha hecho revivir el sentido de aquel «Tomad y comed» de Jesús, pan bajado del cielo para comunicar al hombre la vida que Él tiene recibida del Padre y comunicarla por medio de la manducación de su verdadero cuerpo bajo

(99) Cf. o.c., 91.

(100) Cf. o.c. 91-92.

las especies sacramentales (101). Habría de insistirse en el aspecto eclesial de la Comunión, del que hablamos al exponer el problema pastoral.

Concluiría la reunión litúrgica con la acción de gracias por el beneficio eucarístico y con alguna oración acomodada, tal vez en la dirección de aquella nota con que pone fin el escrito litúrgico de hacia el año 220, la *Tradición Apostólica*: «Cuando se hubiese concluido, apresúrese cada uno a hacer buenas obras» (102). El sacerdote despediría la asamblea con la «bendición».

Dentro de este esquema elemental caben otros elementos, unos más importantes como la «liturgia de la palabra», con tanto acierto valorada por el Concilio Vaticano II (103).

Caben también otros elementos menos importantes, como ritos litúrgicos, simbolismos, canto, etc. Hemos de aplicar el principio del Concilio Vaticano II de una sabia unión de lo tradicional con lo nuevo (104). El «beso» entre todos los asistentes formaba parte de las reuniones litúrgicas, atestiguado ya por S. Justino (105) y por la *Tradición Apostólica* (106), y al que se refieren las *Catequesis Mistagógicas* de San Cirilo de Jerusalén (107), San Juan Crisóstomo (108) y las *Constituciones de los Apóstoles* (109) en los cuatro primeros siglos. Sin embargo, no por eso experimentamos hoy la conveniencia de mantenerlo o revivirlo. Y al contrario, con razón se ha expuesto recientemente la necesidad de incorporar a la liturgia de la Misa una música de hoy, ya que el sentimiento religioso está ligado a la sensibilidad de cada época, y no hemos de pensar que nuestra época sólo puede crear música despreciable (110). A la vez es indudable que el sentirse unido con las generaciones pasadas no sólo en la fe y en lo esencial de la liturgia sino también en razonables aspectos sensibles, forma parte de la experiencia de «enraizamiento» humano y cristiano, que tal vez hoy urgen más, precisamente porque sentimos angustiosamente la inestabilidad de nuestro ser en el mundo.

La misma distinción tan primitiva de reuniones litúrgicas dominicales y no dominicales orienta hacia una flexibilidad en separar, por ejemplo, las Misas privadas de las solemnes, de modo que aquéllas no sean casi una Misa solemne sin canto. No digamos

(101) Cf. Juan 6.

(102) Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 1,174.

(103) Cf. *Const. sobre la Sgda. Liturgia* 48.51-52.56.

(104) Cf. o.c., 23.

(105) Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 1,91.

(106) Cf. o.c., 173.

(107) Cf. o.c., 479.

(108) Cf. o.c., 846.

(109) Cf. o.c., 962.984.

(110) Cf. J. JOLLY, *Vie Liturgique et musique d'Église: Etudes* 317 (1963) 18-36.

nada de la tan oportuna libertad en punto a diversas regiones, que ha quedado sancionada en el Vaticano II (111).

En resumen, el concebir la Misa en función de celebrar la Cena del Señor simplifica y hace muy asequible la estructuración litúrgica, pues los elementos de la Cena en su mismo significado de banquete sacrificial son fácilmente representables con sólo hacer «esto» que hizo y que mandó Jesús. En cambio, si queremos ver la Misa como celebración inmediata del sacrificio de la Cruz, apenas lograremos que la liturgia nos sirva adecuadamente, y nos confirma en esa gran dificultad la experiencia que aun las personas bien formadas religiosamente tienen hoy.

4. *Problema pastoral.* Pensamos en un doble problema, el de solucionar una buena comprensión de la Misa y el de dar una espiritualidad auténtica y armónica, fundada en la participación del santo Sacrificio, el cual es el centro del culto y de la vida del cristiano.

El primer problema creemos que ha quedado resuelto con lo que acabamos de explicar a propósito de la liturgia. Es importante que el pueblo entienda lo que dice el sacerdote en la Misa, pero sólo cuando la entera liturgia lo centre en la acción realizada por Jesús en la Última Cena, que es la que por su mandato hacemos nosotros, sólo entonces comprenderá el sacrificio de la Misa. Sin esto, podrá entender las oraciones que se recitan, comprender el valor de los símbolos litúrgicos, adorar el cuerpo y sangre del Señor en los que se han convertido el pan y el vino, ver en la doble consagración representada la separación del cuerpo y de la sangre en el sacrificio de la Cruz, comulgar devotamente; pero no habrá logrado percibir en la liturgia la relación de unas partes con otras en aquella unidad maravillosa del banquete sacrificial de Jesús.

El segundo problema es más complejo, porque abarca no una acción sino la vida toda del fiel. Pretendemos sólo bosquejar cómo concebimos la influencia de la Misa, orientada hacia el Cenáculo, sobre la espiritualidad del cristiano. Y tengamos en cuenta que la pastoral ha de esforzarse porque la realidad creída llegue a ser vivida no sólo por algunos muy particularmente dotados sino también por el cristiano medio.

La Misa comprendida como banquete sacrificial suscita ante todo *alegría*; es lo propio de todo banquete, y aquí con mayor razón, porque se trata de un convite de *salvación*: remisión de pecados, nueva Alianza con cuanto esto encierra de bondad de Dios hacia el hombre. Este sentimiento de alegría es característico del que vive en el Evangelio, que es la «buena noticia», y sabe que Jesús ha querido y prometido para los suyos el gozo (112), y éste

(111) Cf. Const. sobre la Sgda. Liturgia 37-40.

(112) Cf. Mt 25,21; Juan 16,20,22.

completo (113). El sabor que queda a los discípulos al volver a Jerusalén después de la Ascensión del Maestro es de «gozo grande» (114), como el efecto de la predicación en los nuevos convertidos es llenarse de gozo (115). San Pablo señala éste como uno de los primeros frutos del Espíritu Santo (116), y no se cansa de recomendarlo a sus fieles (117), como Santiago (118) y San Pedro (119) se expresarán en términos de gozo, señalando la actitud cristiana en medio de los sufrimientos.

El ambiente que rodeará la Misa será el del *amor de Jesús a los suyos*, porque la Última Cena está envuelta en ese ambiente: «...como amaba a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y mientras cenaban...» (120). Amor que es *donación entera* de Sí mismo, dando su vida por ellos, y uniéndose con ellos, como pan de vida, en lo supremo de una entrega personal, hasta ser su cuerpo verdadera comida de los discípulos y su sangre verdadera bebida, que dan la vida eterna y la resurrección corporal (121).

Este amor es el fundamento de la *confianza*, pues la sangre de Jesús es derramada para perdonar nuestros pecados y para sellar la Nueva Alianza. Nadie que se acerque con fe viva podrá ya desconfiar, por graves que sean sus culpas: la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado (122). A la Misa vamos a recibir el don de Dios, a oír que Jesús nos da parte en su testamento eterno, y a ver confirmadas sus palabras con la donación ya real de su cuerpo y de su sangre. La misma santidad del que cree en Cristo es una recepción del don de Dios, y por eso la espiritualidad verdadera es humilde acogida de la gracia en un corazón abierto y fiel, que da un sí generoso y permanente a la vida divina que le ha sido comunicada gratuitamente (123).

Esta obra de salvación formaba parte de la temática en que se movía la «bendición» y la «eucaristía» de Jesús en la Última Cena. El creyente se ve envuelto en ese movimiento de adoración, de alabanza, de acción de gracias, de súplica al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. Así la espiritualidad del cristiano es ante todo vivir para gloria y alabanza de Dios (124), ofreciendo al

(113) Cf. Juan 15,11; 16,24; 17,13.

(114) Cf. Lc 24,52.

(115) Cf. Hechos 13,52.

(116) Cf. Gal 5,22.

(117) Cf. p. ej. Fil 3,1; 4,4; 1 Tes 5,16.

(118) Cf. Sant 1,2.

(119) Cf. 1 Pedro 4,13.

(120) Juan 13,1-2.

(121) Cf. Juan 6,35.41.48.50-59.

(122) Cf. 1 Juan 1,7.

(123) Véase nuestro artículo: *Naturaleza y desarrollo de la santidad cristiana*: *Manresa* 36 (1964) 125-148.

(124) Cf. p. ej. 1 Cor 10,31; Ef 1,6.12; 3,21; Fil 1,11; 1 Pedro 3,18.

Padre siempre, por medio de Jesús, nuestra «hostia de alabanza» (125). En la Misa, que es tan esencialmente «eucaristía», realiza el cristiano este su fin del modo más sublime y sale de ella más penetrado todavía de estos sentimientos que han de informar más y más su existencia.

Si se ve el Cenáculo en la perspectiva inmediata de la Misa, se habrán de tomar más en serio las palabras del Maestro: «Tomad y comed», «bebed». Jesús nos invita a su banquete, y el participar de él efectivamente es el mejor modo de comprender su sentido, y de agradecerse al Señor. Ya hemos recordado cómo la primitiva Iglesia unía tan estrechamente el comulgar con la celebración eucarística: es simple consecuencia de que la Misa sea «esto» que hizo Jesús en la Cena. Así viviremos de hecho la importancia atribuida por el Señor a comer su carne y a beber su sangre, como trasmisión de la vida divina y plena aceptación de Jesús por amor.

La Comunión muy frecuente, recibida en el clima de amor que rodea a la Última Cena, será, desde el punto de vista pastoral, la manera ideal de llevar una espiritualidad «cristocéntrica». Tal debe ser la del cristiano, quien por el bautismo está ya incorporado a Cristo y por la Comunión se hace plenamente «concorpóreo» con Él (126). La unión con Cristo por fe y amor llega a su ápice en este sacramento de fe y de amor, por el cual está el comulgante en Cristo y Cristo está en el comulgante tan totalmente uno en otro como un pedazo de cera derretida en otro, según la comparación realista de San Cirilo de Alejandría (127). «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (128).

Donde existe convite, reina la unión entre los comensales. Por eso arguye San Juan Crisóstomo: «Pues si los ladrones que comen juntos, se olvidan entre sí de su costumbre, ¿qué excusa tendremos los que somos partícipes del cuerpo del Señor, si ni siquiera imitamos la mutua mansedumbre de aquéllos? Y si no solamente la mesa sino hasta la mera convivencia en la ciudad les bastó a muchos para trabar amistad, nosotros... ¿de qué perdón seremos dignos, si vivimos divididos?» (129).

Vale esto tanto más en el convite de la Eucaristía cuanto que por ser el pan que allí partimos comunión del cuerpo de Cristo, todos los que participamos de ese único pan somos el cuerpo de Cristo (130). La caridad, que es el todo en el cristianismo, no podría menos de ser vivida mucho más intensamente, si el cristiano acudiera a la Misa con la conciencia de quien va al banquete del

(125) Cf. Hebr. 13,15.

(126) Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 1,466.468.470; 2, 573.677.684.686-687. 1338.

(127) Cf. o.c., 2, 651.678

(128) Juan 6,56.

(129) Cf. SOLANO, o.c., 1,780.

(130) Cf. 1 Cor 10,16-17.

cuerpo de Cristo, banquete por el que va a ser plenamente hecho miembro del cuerpo de Cristo, del cual son igualmente miembros todos los demás fieles que reciben el mismo Pan. En la Comunión bien hecha llega a su perfección la realidad de que los creyentes en Cristo somos el cuerpo de Cristo; como decía San Agustín: «Si lo recibís bien, seréis vosotros lo mismo que recibís» (131). Y en esta vivencia de cuerpo de Cristo radica el secreto de la caridad cristiana y de la auténtica espiritualidad (132).

La Misa es convite *sacrificial*, y el don del cuerpo del Señor es fruto de su muerte. El amor de Jesús hacia nosotros fue el supremo, porque «nadie tiene amor más grande que dar la vida por sus amigos» (133). Aquí aprende el creyente cada día cómo también para él tiene sentido el sufrimiento y la muerte, si de veras ama a Dios y a sus hermanos. En este mundo histórico de pecado no hay prueba de amor como la muerte por el ser amado. El plan de vida primero (134) ha quedado interferido por el pecado (135), y en este plan se desarrolla ahora nuestra existencia.

El amor a Dios y a Cristo exige renuncia constante: «Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (136). Y enumera Jesús lo que hay que estar dispuesto a dejar por Él: padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas, y aun también la propia vida (137).

La unión con los hermanos, cual debe ser la unión de los miembros entre sí, supone una abnegación de lo que nos es más íntimo: nuestro amor propio tan desordenado. San Pablo había exhortado a los fieles de Filipos con el mayor encarecimiento a que fueran entre ellos de un mismo sentir y de un mismo amor, pero como medio les señala la humildad, «considerando los unos a los otros como superiores», y el desprendimiento, «no mirando cada uno por su propia ventaja sino también por la de los demás» (138). Y precisamente la muerte de cruz de Jesucristo va a ser propuesta a estos cristianos por el Apóstol como ejemplo de humildad (139). Cuando en la Misa participamos del cuerpo «dado» y de la sangre derramada, aprendemos cada vez de nuevo esta lección del único camino para la verdadera caridad.

Sacrificial hace referencia a sagrado, a Dios. El banquete eucarístico como sacrificial no es participación simplemente de la muer-

(131) Cf. SOLANO, o.c., 2,314.

(132) Puede aplicarse a todos los fieles lo principal de cuanto exponemos en nuestro estudio: *La doctrina paulina del Cuerpo de Cristo, centro de la espiritualidad sacerdotal: Espíritu 13* (1964) 27-37.

(133) Juan 15,13.

(134) Cf. Gen 2,16-17.

(135) Cf. Rom 5,12.

(136) Lc 9,23.

(137) Cf. Lc 14,26.

(138) Cf. Fil 2,1-4.

(139) Cf. Fil 2,5-8.

te de Cristo, sino de la muerte sacrificial del Señor. La muerte de Jesús fue el cumplimiento de la voluntad del Padre: el Redentor obedeció al Padre «hasta la muerte y muerte de Cruz» (140). Jesús nos hablará del «mandato» de su Padre (141), y al comenzar la pasión dirá a los apóstoles, refiriéndose al poder que entonces iba a ejercer contra Él el príncipe del mundo: «No es que tenga derecho contra Mí, pero es para que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que obro según el mandato que me dió el Padre. Levantaos, vamos de aquí» (142). La aceptación de esta voluntad del Padre, según exponíamos antes, había llegado a su manifestación suprema en el banquete sacrificial de la Cena, inseparablemente unido con el sacrificio de la Cruz. Esta relación al Padre daba a la sangre derramada y a la sangre de la Nueva Alianza el carácter de sangre *sacrificial*.

No queda reparado el pecado sólo con que reciba el hombre el perdón y la vida divina. El pecado es antes que nada un mal de orden religioso, algo que va *contra Dios*, como de muchos modos enseña la Sagrada Escritura (143), y su reparación es ante todo de orden divino: la desobediencia de Adán a Dios ha sido reparada por la obediencia de Cristo a Dios (144). En este misterio de reparación «vicaria» queda introducido el creyente en el banquete *sacrificial* de la Misa, y comprende cómo ha de prestar él su libre participación personal en la obra de reparación a Dios, que Cristo hizo por él no para eximirle de reparar su propio pecado sino para darle posibilidad de repararlo cumplidamente por los méritos de Cristo. Y se le abren al cristiano perspectivas insospechadas de una reparación vicaria a Dios por sus hermanos, los cuales son con él miembros del mismo cuerpo de Cristo.

La Misa es «esto» que el Maestro hizo en la Cena, y en la Misa se ofrece también Jesús, hecho corporalmente presente por aquel poder inexplicable que Él dio a su Iglesia. Como dice el Concilio Tridentino, el mismo que se ofreció en la Cruz es también el que ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes (145). Los miembros no pueden tener otros sentimientos que los de la Cabeza (146), y en ningún otro momento experimenta el creyente tan apremiante la necesidad de ofrecerse con Jesús al Padre, cumpliendo lo que San Pablo había expresado en términos sacrificales: «Os ruego,

(140) Fil 2,8.

(141) Cf. Juan 10,18.

(142) Juan 14,30-31.

(143) Puede verse el trabajo que presentamos en la Semana de Estudios del 31 de marzo al 3 de abril de este año, celebrada en Valladolid, y que con el título: Pecado del hombre y gloria de Dios se publicará próximamente en: Estudios Teológicos sobre los Sagrados Corazones 4 (1965).

(144) Cf. Rom 5, 19; Fil 2,8.

(145) Sesión 22 cap. 2: DENZINGER 940 (ed. 32, 1743). Véase el cap. 1: DENZINGER 938 (1739-1741).

(146) Cf. Fil 2,5.

hermanos... que presentéis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios, culto espiritual vuestro» (147). Sabemos que todo, absolutamente todo lo bueno lo hemos recibido de Dios; no le podemos dar algo que no sea de Él. Pero tampoco nos es lícito negarle el sí fervoroso de nuestra fe personal al ofrecimiento que hace de nosotros Cristo en su sacrificio redentor, como Cabeza del género humano.

Los apóstoles sólo muy vagamente podían entender el fondo de Cruz que había en el banquete sacrificial de la Última Cena. Nosotros sí lo conocemos, y sabemos que no puede penetrarse el «esto» de Jesús sin encontrarnos con el Calvario, con la Cruz, con Jesús crucificado. La clave de nuestro estudio es precisamente la unicidad del sacrificio de la Cruz. El creyente ha de continuar situando la santa Misa en una perspectiva última de Calvario, y el amor más apasionado a Jesucristo crucificado hallará siempre nuevo alimento en la celebración de la Eucaristía; la Cruz será indefectiblemente nuestra única esperanza y la gran prueba del amor de Dios al hombre.

Pastoralmente, el presentar la Misa como banquete *sacrificial* conduce de manera cierta a valorar el sacrificio de la Cruz, sin el cual no es concebible la Última Cena. Digámoslo una vez más, el que ofrece el sacrificio de la Misa es Jesús realmente presente, que con ese mismo ofrecimiento se ofreció en la Cruz, y a Sí mismo se ofrece como víctima en la Misa y en la Cruz. Sólo es diversa la manera de ofrecerse, según el pasaje repetidamente citado del Concilio de Trento: esa «manera» de ofrecerse diversa consiste en que en la Cruz fue cruenta, y en la Misa es incruenta, como lo fue en la Última Cena. Pero esta «forma» distinta no tiene en sí realidad independiente, sino que su realidad es ser representación de la forma cruenta de la Cruz: cuerpo «dado», sangre «derramada». Por consiguiente, en la Misa con toda propiedad vemos a Jesús crucificado, en su sacrificio de la Cruz, pero no en la «forma» cruenta de este sacrificio sino en su «forma» incruenta, esencialmente simbólica o sacramental. La Misa toda ella es en su realidad última el sacrificio de la Cruz: «anunciáis la muerte del Señor», dirá San Pablo (148), pensando sin duda en la muerte de Cruz.

No sufre, pues, mengua alguna la predicación de la Cruz, ni su puesto en la espiritualidad. Pero en la Misa, explicada como convite sacrificial, se da a la Cruz una «forma» diversa de la que tuvo en el Calvario, se le deja la forma que Jesús dispuso en su infinita sabiduría para el convite sacrificial de la Última Cena. Es cuestión de «presentación». Pero ateniéndonos a la presentación que nos ordenó Jesús en el «Haced esto», cumpliremos su voluntad, y seguramente muy pronto entenderemos también algunas de las razones que tuvo el Maestro para hacerlo así: tal vez no sean las de

(147) Rom 12, 1.

(148) 1 Cor 11, 26.

menos peso el aspecto de confiada y alegre intimidad entre Él y los suyos, y el aspecto de caridad fraterna fundado en hacernos los muchos el único Cuerpo de Cristo, porque todos comemos ese mismo Cuerpo.

No obsta lo dicho para que existan en la Iglesia vocaciones *particulares*, que acentúen preponderantemente la Cruz en la Misa. Como en tantos otros puntos, la inagotable profundidad de las obras y de las palabras de Cristo y las exigencias de la psicología humana, hacen surgir imitaciones o aplicaciones, que en sí mismas son parciales y por ello un tanto extremosas, pero que son indispensables en la práctica, para que *del conjunto* brote la armoniosa y más completa realización de Cristo en su Iglesia. Cuando esas vocaciones particulares son de Dios, el Señor hace que aun bajo formas algo unilaterales, se encuentre en ellas, y a veces con mayor perfección, la esencia de todos los valores auténticos de la revelación cristiana.

El que sea la Misa *convite* sacrificial del cuerpo y sangre de Cristo bajo las especies sacramentales permite que puedan participar también los que no han estado presentes a la celebración. Hemos visto a los diáconos, de que nos hablaba San Justino, llevar la Eucaristía a los ausentes (149). Otra aplicación fue que pudieran los fieles tener en sus propias casas la Eucaristía, y comulgar. Tertuliano nos ha dejado bien expreso testimonio de ello, tratando de las esposas cristianas de maridos paganos (150), y más tarde, en el siglo iv, San Basilio nos da la noticia de que los monjes que vivían en los desiertos, donde no había sacerdote, conservaban la Eucaristía y la recibían por sí mismos; lo mismo nos dice de los fieles seculares de Alejandría y Egipto, y justifica esta Comunión como participación en el sacrificio eucarístico realizado una vez (151). Otra modalidad era la Eucaristía reservada para caso de tener que ser llevada a algún enfermo, y de la que tenemos datos ya a mediados del siglo III (152).

Un progreso en el culto a la Eucaristía reservada lo hallamos en la actitud de Sático, hermano de San Ambrosio. Era éste todavía catecúmeno, y en un naufragio pidió a algún cristiano que llevaba en la nave las especies consagradas que se las envolviera en un orario, que él se ató al cuello, «y así se arrojó al mar... creyéndose con éstas [las armas de la fe] suficientemente guardado y defendido...» (153). Más notable es en esta línea lo que nos refiere San Gregorio Nacianceno de la fe con la que se acercó al altar su hermana gravemente enferma y de la confianza con que pidió su curación a Cristo, habiendo tomado en sus manos particu-

(149) Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 1,91.93.

(150) Cf. o.c., 1,137. Véase 134.151. Un testimonio de San Cipriano, 244.

(151) Cf. o.c., 1,617.

(152) Cf. o.c., 1,262.

(153) Cf. o.c., 1,589-591.

las consagradas (154). El admirable desarrollo del culto eucarístico a partir del siglo XIII ha sido uno de los elementos más vigorosos de la piedad católica, y sigue floreciendo hasta hoy (155).

El origen que tiene el Sacramento como *alimento participado* en el convite sacrificial es el que ayudará para dar el sentido más hondo a este culto eucarístico, guardándolo de desviaciones un tanto individualistas. El alimento, sacramento permanente, nos habla del banquete y de su participación por la Comunión. Es muy teológica la práctica de entonar como motete en la Bendición con el Santísimo la antífona «comunión» de la Misa: el Sacramento dice relación imborrable a la Comunión, y por tanto a la incorporación en Cristo con su contenido eclesial.

Todos los sentimientos de la Misa, convite sacrificial, quedan avivados en la presencia real del Pan vivo, alimento eucarístico. El creyente se encuentra ante el Santísimo Sacramento empapado en los afectos de admiración y alabanza, de acción de gracias y de súplica de la «eucaristía» de la Misa, y allí revive cuanto es el efecto de la Comunión sacramental, según los Padres de la Iglesia: alegría, amistad con Cristo, fuerza, gracia, consuelo, santa embriaguez, luz, incorrupción, libertad, paz, perdón de sus pecados, purificación, resurrección, santificación, vida, unión con el Padre, con el Espíritu Santo y singularmente con Cristo, y unión con los demás en especial con los fieles que reciben la Comunión (156).

En el orden pastoral no existe preparación para la Misa como una vida eucarística consciente, y a su vez el banquete sacrificial de la Misa encuentra su natural y debida prolongación en esta vida eucarística, informadora de toda la piedad cristiana.

Por fin, el banquete sacrificial de la Última Cena se mueve abiertamente en un clima escatológico: Jesús habla de que ya no beberá más del fruto de la vid hasta que lo beba nuevo con sus discípulos en el Reino de su Padre (157), y San Pablo recuerda a los Corintios que en la Eucaristía anuncian la muerte del Señor hasta que Él venga (158). Este ambiente escatológico dará a los que participan en la Misa un perenne motivo de gozo en la fe del Cristo glorioso, y los hará sentirse como peregrinos que saben encontrar en la liturgia terrena el gusto anticipado de la liturgia celeste (159); alimentará la firmeza de una tensa esperanza en el triunfo definitivo de Cristo y de nuestra participación eterna en él, con el justo aprecio de la existencia terrena, la cual es para el creyente un «pasar» con Cristo al Padre (160).

(154) Cf. o.c., 1, 627.

(155) Véase p. ej. F. WULF, S.I., *Vom Verweilen vor dem Tabernakel: Geist und Leben* 36 (1963) 161-162.

(156) Véase SOLANO, *Textos Eucarísticos...* 2, pg. 922-935.

(157) Cf. Mt 26,29; Mc 14,25; Lc 22,16.18.

(158) Cf. 1 Cor 11,26.

(159) Cf. *Const. sobre la Sgda. Liturgia*, n. 8; cf. n.6.

(160) Cf. Juan 13,1.

Muchos aspectos más podríamos haber expuesto según los cuales la santa Misa, en cuanto banquete sacrificial, centra la espiritualidad de los fieles. Sirva para compendiarlos el de que la Misa, comprendida así, sitúa al creyente con relación a Jesús en el clima de intimidad de la Última Cena, cuando el Maestro tuvo las mayores efusiones de amor con los suyos y cuando los apóstoles le dijeron gozosos: «Ahora sí que hablas claramente» (161); sin embargo, era entonces cuando la revelación de Jesús alcanzaba las cimas más elevadas. Fue aquélla la hora del mandamiento del amor y de la oración sacerdotal de Jesús: en esa «hora» vive el cristiano que ve cada día en la Misa la silueta del Cenáculo, o, aplicando una frase de Orígenes, que sube con Jesús al Cenáculo para celebrar la Pascua (162).

Para resumir las ventajas que en el orden pastoral aporta, a nuestro parecer, el concebir la santa Misa como convite sacrificial en la perspectiva del Cenáculo, diremos que, además de hacer fácilmente comprensible la Misa en su significado teológico completo, ayuda mucho a que sean vividos los grandes valores de la espiritualidad cristiana: habla de alegría, del amor de Jesús a los suyos, de confianza humilde en la promesa de redención, de orientación teocéntrica de la vida; fuerza amorosamente a participar en este banquete por la Comunión, con su consecuencia de cristocentrismo y de amor mutuo; enseña el puesto del sufrimiento y de la muerte en el amor a Dios y a los demás; conduce a la hondura religiosa del sacrificio con su vertiente de reparación a Dios por los pecados y de ofrecimiento propio con Cristo; hace penetrar en el misterio de la Cruz en la forma pretendida por Jesús; da continuidad a la acción sacrificial de la Misa en el culto eucarístico a lo largo del día; hace vivir la realidad escatológica; lleva a la intimidad con Jesús. En cuanto a la *totalidad* de estos valores y a la *facilidad* en captarlos, ¿no es preferible esta concepción que proponemos?

5. *Problema ecumenista.* La Sagrada Escritura es el punto de convergencia de las diferentes posiciones cristianas. Presentar la Misa en una perspectiva inmediata de Última Cena, según hemos explicado, nos lleva a mantenernos en un clima destacadamente bíblico, y, en efecto, la penetración exegética moderna del Nuevo Testamento es la que nos ha ofrecido la posibilidad del enfoque que hemos venido indicando.

El problema de la realidad y unicidad del sacrificio de Cristo junto con una *aparente* dualidad de sacrificio -Cruz, Cena- aparece como un interrogante surgido a las inmediatas del texto sagrado. El problema del sacrificio de la Misa entra así en vías de mucho más sereno y fructuoso entendimiento, porque no será con-

(161) Juan 16,29.

(162) Cf. SOLANO, o.c., 1,187.

siderado ya como un simple teologúmenon, al margen de lo que dice la Escritura.

Los protestantes oirán un término que les es familiar, si les hablamos de la Misa como celebración de la Cena del Señor, y para este acercamiento no hemos debido dar de lado a ninguno de los elementos de la doctrina católica. Entre los protestantes va abriéndose paso la idea misma de cierta *permanencia* del sacrificio de la Cruz (163), y además la de *nuestra* participación *sacrificial* con Cristo en la Eucaristía (164). La presentación que hemos hecho de la Misa como convite *sacrificial* creemos que ayuda a incorporar estos elementos importantes y a desarrollar sus posibilidades.

Se ha notado con objetividad que la oposición existente entre la teología católica y la teología protestante es en último término, y aunque no se exprese, una oposición entre religiosidad y religiosidad (Frömmigkeit) (165). Esperamos que la Misa, presentada a la luz de lo que hemos expuesto, contribuirá a que ambas posturas religiosas se sientan mucho más próximas sin tener que renunciar a ninguna partícula de verdad.

Los judíos reconocerían en la acción central del culto cristiano, como banquete *sacrificial*, no sólo la pervivencia del mundo litúrgico *sacrificial* del Antiguo Testamento, sino que hallarían en su marco «eucarístico» lo que ha sido durante siglos el género literario más específico quizás de la conciencia religiosa de Israel (166).

CONCLUSIÓN

La Misa en cuanto sacrificio propio e incluso propiciatorio es uno de los puntos capitales que siguen dividiendo a la cristiandad. Los católicos lo aceptamos como dogma de fe; lo afirman también los orientales separados y alguna confesión protestante, mientras que lo niegan la mayor parte de los protestantes.

De ordinario se viene planteando la cuestión por unos y por otros a base de relacionar la Misa con el sacrificio de la Cruz. Tal planteamiento es recto y está por encima de toda discusión: el sacrificio de la Cruz es el sacrificio del Nuevo Testamento, por el cual Jesucristo nos ha redimido de una vez para siempre.

Pensamos, sin embargo, que todavía hay lugar para una mayor precisión. Siendo la Última Cena verdadero sacrificio, y siendo la Cena «esto» que Jesús nos mandó hacer en la Eucaristía, el

(163) Cf. LEENHARDT, Ceci est... 43-49; THURIAN, L'Eucharistie passim.

(164) Cf. H. WULF, S. I., Das Abendmahlsgespräch in der evangelischen Kirche Deutschlands heute: Geist und Leben 33 (1960) 227-228.

(165) Cf. BRUNNER, Zur katholischen... Eucharistielehre: Theologische Literaturzeitung 88 (1963) 186.

(166) Cf. AUDET, Esquisse historique...: Revue Biblique 65 (1958) 397.

relacionar la Misa en cuanto sacrificio con la Cena parece que podrá darnos luz para comprender lo que es la Misa en cuanto sacrificio.

El sacrificio de la Última Cena es convite sacrificial. A la Misa en cuanto sacrificio *no hemos de pedirle menos que a la Cena, pero tampoco más*, y por consiguiente hemos de mantener en la explicación del sacrificio de la Misa el esquema fundamental del convite sacrificial de la Cena.

Una ventaja de esta orientación es que el problema deja de ser primariamente teológico y se convierte en un problema que ha de resolver la exégesis bíblica. Ésta se encuentra con la afirmación expresa de la unicidad del sacrificio redentor de la Cruz y a la vez con las expresiones sacrificales de la Última Cena.

Al tratar de resolver en la Sagrada Escritura esta aporía, notamos que la Cena es sacrificio *de otra manera* que el de la Cruz; es, como hemos indicado, convite sacrificial. Si no fuera verdadero sacrificio, no habría sangre derramada que pudiera beberse ya en la Cena ni habría cuerpo dado que pudiera entonces comerse; sin auténtico y propio sacrificio no habría lugar a hablar de perdón de pecados y de Nueva Alianza, ni habría banquete religioso ni convite pascual. En este sacrificio vemos que existe una oblación de Cristo al Padre — como nos enseña también el Concilio de Trento — y existe una muerte — cuerpo dado, sangre derramada pero sacramental, bajo el signo y el símbolo del pan que se come y del vino que se bebe.

La muerte «en signo» fácilmente aceptamos que no supone un sacrificio *distinto* del de la muerte «en visibilidad» en la Cruz. La oblación de la Última Cena tampoco supone una oblación *distinta* de la del sacrificio de la Cruz, según hemos comprendido en aquella unicidad bíblica de la oblación de Cristo a lo largo de toda su vida y especialmente en la «hora» de la pasión, comenzando en la Cena.

La Misa, que por mandato de Jesús es «esto», será no sólo conversión eucarística y comunión sino esencialmente *banquete sacrificial*. Jesús ha dado a sus apóstoles y a la Iglesia el poder inverosímil de que hagan «esto», que Él hizo en la Última Cena. En virtud de tal poder «cristico» el sacerdote realiza la presencia corporal del Sumo Sacerdote Jesucristo quien se hace presente con su oblación sacerdotal única, y en el signo de su muerte, en su muerte sacramental, como en la Última Cena. No necesita más la Misa para ser el verdadero sacrificio de Cristo Redentor, como lo es la Cena.

Hemos explicado por qué este punto de vista que parece tan sencillo no ha sido tomado más en cuenta hasta ahora, y hemos aducido las razones que nos mueven a recalcar este aspecto de *banquete sacrificial*, como clave para resolver mejor los difíciles problemas religiosos que entran en juego.

Tal vez no aparezca convincente *la explicación* que hemos in-

tentado dar a la unicidad del sacrificio de Cristo - Cena, Cruz, Misa -. Pero *el hecho* de deberse enfocar la Misa en la perspectiva más inmediata de la Última Cena se halla tan probado a nuestro modesto entender, y resuelve tan ventajosamente gravísimos problemas, que no dudamos será tomado en consideración cada vez más y resultará así la Eucaristía *más visiblemente* «esto» que el Señor quiso que fuera para «memoria» de Él «hasta que venga» (167), y para unión de todos los que creemos en Él.

JESÚS SOLANO, S. I.

Facultad de Teología S. I.

Oña (Burgos)

(167) Cf. 1 Cor 11, 26.